

## HOLOCAUSTO Y TERRORISMO

La aplicación del término Holocausto a acontecimientos distintos al exterminio sistemático de judíos de Europa por los nazis va convirtiéndose en un fenómeno bastante frecuente en el discurso mediático y político contemporáneo. Indudablemente, se trata de una trivialización que despoja al genocidio hitleriano de su carácter distintivo. Es cierto, por ejemplo, que los crímenes del comunismo, en la Unión Soviética de Stalin y en los numerosos regímenes totalitarios que en ella se inspiraron, produjeron muchas más víctimas, pero no hubo en ellos el designio de purificación racial que presidió la sistemática destrucción de la judería bajo el dominio del III Reich.

Ni siquiera la violencia del nacionalismo étnico que siguió a la caída de los regímenes comunistas en Europa Oriental, ni las matanzas en Ruanda, durante la última década del pasado siglo, tuvieron una motivación ideológica comparable. Los soldados y paramilitares serbios que asesinaban en Bosnia a los civiles musulmanes y violaban a las mujeres de éstos o las bandas de Hutus dedicadas al exterminio de la población Tutsi estaban, sin duda, animados por un odio religioso o social contra sus víctimas, odio inducido en gran parte por líderes políticos y por publicistas que explotaron los prejuicios y el resentimiento difuso incubado a lo largo de siglos de difícil convivencia entre comunidades diferenciadas (aunque las diferencias fueran muchas veces imperceptibles para un observador ajeno). Pero detrás de esa violencia no había una teoría an-

---

Jon Juaristi es escritor

tropológica, y en los contados casos en que asomaban fragmentos discursivos con pretensiones teóricas, se trataba de calcos o improvisadas adaptaciones del discurso hitleriano. Así sucedió, por ejemplo, en algunos grupos paramilitares croatas, que se autoproclamaban herederos de los *ustachi* pronazis, pero sus homólogos serbios recurrían a la simbología y al lenguaje del ultranacionalismo *chetnik*, una mezcla confusa de fanatismo étnico y religioso muy distinto del discurso antropológico del nazismo, y, desde luego, mucho más arcaico.

Este discurso criminógeno, el del nazismo, surgió, indudablemente, de un caldo de cultivo heterogéneo, con ingredientes muy diversos, que iban desde las teorías raciales de Gobineau hasta el antisemitismo moderno y secularizado de Houston Stewart Chamberlain, el darwinismo social, las vertientes higienistas y eugenésicas de la biología, e incluso el socialismo científico. Los mismos ingredientes, en mayor o menor cantidad, pueden encontrarse en otras ideologías de la modernidad. Pero el nazismo fue extremadamente original y cínico en su formulación. Al dividir la humanidad en una raza superior, unas razas inferiores destinadas a la esclavitud y una raza nociva, contaminante e infecciosa (los judíos), Hitler, en *Mein Kampf*, establecía un programa político de ámbito universal. Como Hannah Arendt observó, muy acertadamente, el nazismo no era, en absoluto, un nacionalismo más, un nacionalismo racista o étnico al uso. Para los nazis y, en particular, para Hitler, Alemania no fue más que una metáfora de la raza superior, de la raza aria, cuyo horizonte era la dominación mundial. Arendt sostenía que el nazismo respondió, desde sus orígenes, a un impulso internacionalista tan radical como el del bolchevismo. De hecho, el error de buena parte de los nacionalistas europeos, empezando por los propios nacionalistas alemanes, fue suponer que los nazis no representaban sino una versión ampliada de sus propios modelos políticos, y de ahí que muchos de ellos se sumaran con entusiasmo a la siniestra empresa hitleriana. Cuando se dieron cuenta de su error –algunos, tan tempranamente como Robert Brasillach, que expresó su decepción ya en 1942–, era demasiado tarde para saltar en marcha del vagón del variopinto convoy del colaboracionismo que se precipitaba a la catástrofe tras la locomotora alemana.

El caso es que ese programa máximo del nazismo, afortunadamente, fracasó, pero no sin antes haber cumplido algunas de las primeras etapas. Buena parte de las poblaciones eslavas fueron convertidas en mano de obra esclava para la industria y las obras públicas del Reich y la mayor parte de los judíos europeos fue exterminada. No está de más advertir que la única forma en que el más famoso de los rescatadores de judíos, el empresario alemán (y nazi) Schindler, pudo salvar judíos, fue asimilándolos a los esclavos rusos y polacos del Reich. Sin duda, fue la suya una labor magnífica y encomiable, pero al mismo tiempo, un síntoma de la inmensa degradación a la que el nazismo consiguió someter a aquella parte del continente europeo que tuvo bajo su dominio. En ninguna otra parte del mundo y en ningún otro momento de la historia un tratante de esclavos, que eso fue Schindler, se ha convertido para la posteridad en un héroe del humanitarismo. Y, sin embargo, Schindler fue también eso, alguien que consiguió preservar para la humanidad a unos cientos de seres humanos excluidos de la misma. Convirtió a unos cientos de baci- los destinados al exterminio en subhombres destinados a la esclavitud, pero les salvó la vida.

Y, con ello, entramos en lo que, a mi juicio, constituye el legado fundamental del nazismo a la posteridad: la herencia oculta del Holocausto. Porque, si bien éste tuvo un carácter único y distinto, sus efectos en las formas de violencia política que aparecieron en la segunda mitad del siglo XX son, a mi juicio, innegables y produjeron transformaciones profundas en la práctica de la impugnación política. Dicho de otro modo, el terrorismo político de la segunda mitad del siglo XX muestra unos rasgos que lo distinguen netamente del anterior, y que sólo se explican como resultado de la inmensa convulsión y cambio de valores que produjo el Holocausto.

Pero, para entender esto, debemos recordar dos cosas que ya se han dicho: que el Holocausto supuso la realización parcial de un programa, y que dicho programa se fundamentaba o estaba implícito en una teoría antropológica que dividía a la humanidad en superhombres, subhombres y no-hombres, a secas. La teoría expuesta por Hitler en *Mein Kampf* y que representa una verdadera novedad en la historia de las ideas. Veamos:

Nietzsche, que fue uno de los pensadores que inspiraron a Hitler, había concebido su teoría del superhombre como una respuesta al nihilismo, fase de transición en la que toda la humanidad entra tras lo que Nietzsche llamaba la “muerte de Dios”. Como teoría, ésta también implicaba un programa. Para Nietzsche, era la humanidad en su conjunto la que debía acceder a una condición suprahumana. El superhombre no sería posible sino por una transformación total de la humanidad en suprahumanidad. Mientras la humanidad siguiera sumergida en el nihilismo, el superhombre sería solamente una aspiración, una esperanza o una meta. El superhombre de Nietzsche no implicaba, por tanto, ni división de la humanidad ni una figura de la historia. Nietzsche lo situaba al final de la historia. Se trata, pues, de una metáfora de la humanidad reconciliada con su finitud, una vez superado el nihilismo. En este sentido, Nietzsche y Marx estaban, por decirlo así, emparentados. Pese a que Nietzsche se consideraba en ruptura abierta con el humanismo, no dejaba por ello de pertenecer a la gran estirpe de humanistas que habían soñado con la utopía de una humanidad feliz.

El nazismo es muy distinto. Es un antihumanismo programático. En el esquema triádico de Hitler (superhombres/subhombres/no-hombres) se advertirá que falta algo muy importante: el hombre, a secas. Por otra parte, Hitler no plantea esta tripartición, al contrario que Nietzsche, en un futuro; no la ve como el resultado de una evolución de la humanidad. Para él, es una descripción del presente. Allí donde los demás creen ver hombres, con sus diferencias y divisiones, Hitler ve cosas que no son hombres: superhombres arios, subhombres eslavos y no hombres judíos.

En el siglo XIX, el vizconde saboyano Joseph de Maistre, uno de los más destacados pensadores revolucionarios, había afirmado que él no había encontrado al hombre por parte alguna, que había conocido franceses, alemanes, rusos y, que incluso, gracias a Voltaire, sabía de la existencia de los iroqueses, pero que, al hombre, no lo había visto jamás. Obviamente De Maistre se refería al hombre de los filósofos, de los revolucionarios, al hombre sin atributos de los derechos del hombre, pero ni se le había pasado por la cabeza negar que franceses, alemanes, rusos e iroqueses fuesen hombres. Hitler no pensaba así: cuando en su esquema

tripartito omite toda referencia a los hombres, delata su incapacidad para percibirlos. Donde todo el pensamiento occidental había reconocido, desde Aristóteles, la existencia de una especie, la humana, Hitler ve varias especies, ninguna de las cuales es humana, bien porque son más o bien porque son menos que humanas. En esto consiste su gran aportación a la antropología, dicho con sentido irónico. En una abolición de la antropología, o de la posibilidad de la antropología.

Admitir que existe una especie humana única no excluye el racismo. Comenzando por el propio Aristóteles, muchos defensores de la unidad de la especie humana fueron racistas. Creían en la existencia de razas inferiores y superiores. Hitler, no. Hitler va más allá del racismo. No fue un racista, sino algo mucho peor.

Hitler no encajaría en ninguna de las categorías del racismo. Hoy se tiende a distinguir dos tipos de racismo: el igualitario y el antiigualitario. El primero de ellos afirma que todas las razas son iguales, pero se opone a su mezcla. El racista igualitario actual, que es el que más abunda en Europa, cree que la humanidad está dividida en razas y que cada una de ellas le corresponde un espacio geográfico determinado. Lo que rechaza, lo que le repugna, es ver a gentes de raza diferente a la suya invadiendo su espacio propio. El racista antiigualitario, una figura que pertenece cada vez más al pasado, creía en razas superiores e inferiores. Generalmente, él se consideraba de una raza superior, y juzgaba legítimo someter a las demás razas al dominio de la suya. El racismo antiigualitario está en la base del imperialismo europeo clásico, y admitía actitudes que iban desde el desprecio y el maltrato sistemático a los colonizados hasta el paternalismo más o menos benévolo. Si se oponía al matrimonio entre razas diferentes, era bastante tolerante en lo referente a relaciones sexuales entre varones de la raza supuestamente superior y hembras de la inferior (no a la inversa).

Es innegable que este racismo antiigualitario influyó en Hitler, pero, al contrario que los racistas, Hitler condenaba cualquier tipo de mezcla entre los superhombres y los subhombres (otra cosa es que sus soldados y esbirros de las SS hicieran lo que les viniera en gana a este respecto).

Pero Hitler, insisto, no era racista. Cuando habla de raza, está hablando realmente de especie.

Y, evidentemente, quien percibe así el mundo lo hace con arreglo a un determinado patrón mental. ¿Estaba Hitler loco? ¿Era un psicópata? Probablemente, pero, a mi juicio, no es ésta la cuestión. Hitler percibía sensorialmente el mundo como la mayoría de la gente, como ustedes o yo lo percibimos. Pero consideraba que lo que percibía era una apariencia de una realidad no tan visible. Es decir, él percibía hombres y mujeres, pero sabía que nada de lo que percibía eran hombres y mujeres reales, sino superhombres, subhombres o no hombres (o supermujeres, submujeres y no mujeres). Por cierto, pensaba también que, en cada una de estas especies, las hembras eran, por naturaleza, inferiores a los machos, aunque superiores a los machos de las especies inferiores. El ario que mantenía relaciones sexuales con una esclava o una judía era reprobado, más o menos severamente. Las llamadas leyes raciales de Núremberg prohibían, de mucho, tales relaciones y obligaban a arios y arias a divorciarse de sus cónyuges no arios. Pero, a partir de la puesta en vigor de estas leyes, los no arios que mantuvieran relaciones con arias cometían un crimen que se castigaba con la muerte.

Hay un pasaje muy revelador en *Mein Kampf*: Hitler observa que, en la Viena de su juventud, él no era consciente de la existencia de los judíos, que no podía distinguirlos a simple vista. Empezó a “descubrirlos” cuando vio la abundancia de determinados apellidos en determinada prensa. Para Hitler, la búsqueda obsesiva de rasgos físicos judíos reconocibles como tal, a la que tan aficionados eran los antisemitas, le parecía una estupidez. Porque la apariencia es, por definición, engañosa. La especie, habría dicho, va por dentro, como la procesión.

El corolario de la desaparición de la humanidad, en la ideología nazi, es la abolición de la obligación ética, o si se quiere, del imperativo categórico de tratar a los demás como uno desearía que los demás le trataran.

De hecho, esta obligación sólo tiene vigencia dentro de los límites de la especie superior, la de los superhombres. En los subhombres, no debe

regir, y de hecho, los nazis disfrutaban convirtiendo a esclavos y judíos en verdugos de sus semejantes. Pero lo más importante es que los superhombres no tienen ninguna obligación moral hacia los miembros de las especies inferiores. O, mejor dicho, sí; tienen una obligación moral invertida. Tienen la obligación de tratar a los subhombres como esclavos y la obligación de aniquilar a los no hombres.

Pero esto implica la necesidad de forzar la naturaleza humana. Porque resulta que el hombre, como especie, tiene una curiosa característica: la repugnancia a ver sufrir a otros hombres. Es cierto que esto no se da en la totalidad de la especie, y que ciertos individuos –más, por desgracia, de lo que se piensa– disfrutaban haciendo sufrir a otros o permanecen indiferentes ante el sufrimiento ajeno. Ahora bien, la ausencia de ese sentimiento, ya sea en su variante sádica o apática, se considera un síntoma inequívoco de locura o psicopatía.

Los racistas no tienen por qué estar necesariamente locos. Generalmente, el racista es alguien que distingue diferencias físicas determinadas entre individuos y las atribuye a una determinada diferencia racial, que implica consecuencias de orden moral e intelectual, lo que es absolutamente erróneo, como sabemos, pero eso no excluye que el racista pueda experimentar un sentimiento de piedad o de compasión hacia un miembro sufriendo de la raza que desprecia (la última película de Clint Eastwood, *El Gran Torino*, trata precisamente de un caso de éstos). Las doctrinas racistas apenas se preocupan de estos sentimientos. Al ideólogo racista le preocupa el comportamiento de raza a raza, pero no suele meterse en los sentimientos de los individuos. Los amos de esclavos negros podían dar una paliza feroz al esclavo del que sospechasen que había mirado libidinosamente a las mujeres de la familia (de la familia del amo, quiero decir), pero dejaban a estas últimas en libertad para ejercitar la caridad con las familias de los esclavos. En cambio, este último tipo de conducta sería absolutamente reprensible desde el punto de vista del nazismo.

Lo que Hitler se propuso como un objetivo fundamental de su pedagogía política fue, precisamente, erradicar ese sentimiento natural de piedad en la población alemana aria. Y lo hizo a través de dos procedimientos:

la enseñanza y la propaganda. Sobre todo, la propaganda de los hechos, con su recurso a la humillación pública de los judíos, en la que toda la población aria, por acción u omisión, era obligada a hacerse cómplice. Actos de humillación que iban desde la ostensión obligada de la estrella de David, o las afrentas públicas, que iban creciendo gradualmente en violencia (judíos obligados a fregar las aceras, insultos, humillaciones sexuales, palizas, rapado público de barbas, etc.). Con esto se pretendía deliberadamente que los arios se acostumbrasen a ver a los judíos, no ya como esclavos, sino como no hombres (bacilos, alimañas) a exterminar. Y así, de esa masa de alemanes normales, los nazis consiguieron extraer, en pocos años, un buen número de buenas gentes dispuestas a convertirse en verdugos, en asesinos de judíos.

La supresión, por tanto, de la repugnancia instintiva a ver sufrir a un semejante constituyó el mecanismo fundamental de la socialización política impuesta por el nazismo. ¿Cómo lo lograron con tanta eficacia y rapidez? Hay bastantes teorías al respecto. Una de ellas, la que más me convence, por su relación directa con el terrorismo, es la de Hans Magnus Enzensberger, la que podría llamarse “teoría del perdedor radical”.

Según Enzensberger, el perdedor radical se diferencia del perdedor a secas en que es plenamente consciente de su irremediable condición de perdedor. Al perdedor a secas, la vida podrá irle mal, pero sólo cuando empiece a considerar que no puede irle jamás de otra forma estará en condiciones de convertirse en un perdedor radical. A partir de ese momento, el perdedor radical contemplará como única solución a su problema la de acrecentar el mal que le hace sufrir. Algunos dirigentes de Herri Batasuna popularizaron, hace unos veinte años, la consigna de “socializar el sufrimiento”, que es una típica consigna de perdedores radicales.

Enzensberger observa que el éxito de Hitler, un típico perdedor radical, se debió a la existencia, en la Alemania de Weimar, afligida por el desempleo y la inflación galopante, de una inmensa cantidad de perdedores sin esperanza. Hitler se dio cuenta de que lo que más necesitaban era alguien que les explicase la causa de su sufrimiento y les indicase la

forma de socializarlo. El nazismo, como doctrina, les proporcionó ambas cosas: la causa (los judíos) y el objetivo hacia el que debían encauzar su agresividad (es decir, los judíos, otra vez).

Complementaria de esta teoría es la de Carl Amery. Enzensberger y Amery son alemanes de una misma generación, nacidos en los años veinte. Eran niños (Amery casi un adolescente) al advenimiento del nazismo al poder y pudieron observar directamente la transformación de la sociedad alemana. La teoría de Amery es la que él mismo define como la del cardumen. Hay ciertas especies de peces que se mueven en grupo y en la misma dirección, como una masa gregaria que cambia simultáneamente de rumbo con movimientos espasmódicos o violentos, de un modo que ha llamado, desde hace mucho, la atención de los biólogos.

Se descubrió que este comportamiento supraorgánico dependía de una red de relaciones, con base en un sistema nervioso, muy elemental, de dichos peces, que estaba orientado casi exclusivamente a la percepción de los movimientos del grupo. Pues bien, unos investigadores amputaron a uno de estos peces parte de su cordón nervioso. Observaron que, aislado, el pez era incapaz de orientarse en cualquier sentido y se debatía en un sinfín de movimientos caóticos. Sin embargo, devuelto al grupo, se convertía en el guía natural del mismo, precisamente por ser el único que no podía ajustarse al movimiento gregario, y se convertía así en el punto necesario de atención de todos los demás. Hitler, concluye Amery, fue en la Alemania de Weimar, algo muy semejante a ese pez amputado.

Pues bien, el mundo del terrorismo contemporáneo, viene a ajustarse a la misma lógica o falta de lógica de los perdedores radicales. Gentes que saben o creen saber cuál es la causa de su sufrimiento y la del sufrimiento de otros que reconocen como afines. Al contrario que el terrorista clásico, que buscaba la eliminación física del tirano o la del enemigo político, a secas, el terrorismo contemporáneo busca expandir el sufrimiento al mayor número posible de individuos, de una forma indiscriminada. Al menos, ésa es su tendencia, y en eso, Hitler se ha convertido, retrospectivamente, en el gran precursor.

El terrorismo clásico, pre-nazi, también era obra de perdedores radicales. Su modelo más famoso fue Netchaiev, el nihilista ruso que inspiró a Dostoievski, Turguenev y a otros muchos escritores, como Sartre y Camus. La intención de Netchaiev y la de todos los terroristas de su tiempo, era, por supuesto, purificar el mundo mediante el terror. Pero no tenían la experiencia, carecían de la certeza empírica de que pudiera acometerse una destrucción en masa del mundo, un mundo que tendían a percibir dividido entre una inmensa muchedumbre de perdedores sufrientes, como ellos, y una minoría de ganadores que los oprimían.

Por otra parte, lo que los nihilistas como Netchaiev llamaban “el pueblo”, es decir, la ingente cantidad de perdedores, eran perdedores a secas, lo que Enzensberger llamaba perdedores no conscientes. El pueblo de la época de Netchaiev, que aparece reflejado en las grandes novelas rusas del siglo XIX, es un pueblo sufriente, pero resignado, con una pobreza y un sufrimiento lenificado por la religión. El pueblo alemán que invocará Hitler será ya una muchedumbre secularizada y consciente de su condición colectiva de miseria y sufrimiento que se le revela como irremediable.

Hitler se veía a sí mismo como un perdedor, lo que era un hecho innegable, pero, de acuerdo con su teoría de las tres especies, ese perdedor aparente y empírico encubría realmente un superhombre. La situación de ruina colectiva de la Alemania de Weimar le permitió verse reflejado en una muchedumbre anónima, el pueblo alemán, que le permitía, como dice el *Fausto* de Goethe, multiplicar su potencia a través de una inmensa prótesis, social en este caso, una especie de superhombre colectivo, al que mostró unos enemigos, así mismo colectivos, que no eran sino una versión agigantada de los “enemigos” con rostro que había conocido en la Viena de su juventud y que habían sido, en su delirio, la causa inmediata de su sufrimiento: los inmigrantes eslavos, checos, serbios, y los políticos y periodistas judíos “de izquierda”. Netchaiev nunca vio al pueblo ruso como una prótesis de sí mismo, sino como una masa inactiva y aborregada a la que había que liberar. El terrorismo pre-nazi es un terrorismo marcadamente individualista. De hecho, los terroristas se hacían terroristas porque no esperaban nada del pueblo.

El caso de Hitler es muy distinto. Hitler lo espera todo del pueblo alemán. Sólo el pueblo alemán puede vengar las afrentas que él, personalmente, ha creído recibir de eslavos y judíos. Porque el pueblo alemán, ario, es un pueblo de superhombres, y así como él, Adolf Hitler, se ha convertido en el catalizador del gran despertar del pueblo alemán, éste puede convertirse en el agitador colectivo de la raza aria, es decir, de los superhombres de todo el planeta. Las reacciones de los alemanes a su estímulo le satisfacen y le confirman en sus expectativas. Hasta que empieza a perder la guerra. Entonces culpa al pueblo alemán, que cae en su estimación por debajo incluso de los subhombres eslavos. Y una vez que los superhombres han dejado de serlo, el único superhombre, es decir, Hitler, se propone destruir al pueblo alemán, como ha señalado Joachim Fest, en una especie de gran suicidio colectivo.

Ésta, en definitiva, es la pauta seguida por el terrorismo de segunda mitad del siglo XX, y de la primera década del siglo XXI, que se caracteriza por una desmesura creciente. El caso del terrorismo islámico es, quizá, el más ilustrativo, aunque podría reconocerse idéntica pauta en el de ETA, el IRA o cualquier otro grupo. El mayor atentado terrorista de la historia española lo cometieron integristas islámicos, pero en la mañana del 11 de marzo no había quien no lo atribuyese a ETA (salvo, por supuesto, los etarras en comisión de servicios como Arnaldo Otegui). Porque la pauta no depende de la dimensión concreta del atentado, sino de su carácter indiscriminado.

Al-Qaeda divide la humanidad según un esquema triádico que recuerda al de Hitler: musulmanes, cristianos y judíos. Obviamente, también están los paganos, pero ese es otro problema. En realidad, el esquema más claro del integrismo islámico es una división entre la *umma* islámica, los cruzados occidentales (EE.UU. y Europa) y los israelíes y judíos. El programa también es claro: someter o neutralizar a los cruzados y aniquilar a los israelíes. Pero, en la medida en que las masas islámicas se muestran incapaces de cumplir dicho programa, la violencia integrista se engolfa dentro del propio islam, como manifestación de un síndrome de decepción y derrota semejante al que aquejó a Hitler en sus últimos tiempos.

El Holocausto, con todo, sigue siendo para el terrorismo integrista y sus auspiciadores el modelo más logrado de aniquilación colectiva del enemigo inasimilable, que es, tanto para Bin Laden como para Ahmadi-neyad, Israel. Por tanto, que, paralelamente al islamismo radical, se haya difundido en el islam una visión de Hitler como héroe, no es de extrañar en absoluto.

**PALABRAS CLAVE:**

Terrorismo • Nacionalismo • Europa

**RESUMEN**

El Holocausto sólo fue posible tras la abolición del concepto de Humanidad en el contexto de una ideología que sustituyó la raza por la especie, con el objetivo de denegar la tendencia natural a la piedad o a la compasión mutua entre miembros de la especie humana. Fascinado por el nazismo, el terrorismo contemporáneo, tras la Segunda Guerra Mundial, ha mostrado una creciente inclinación hacia la división del género humano en varias categorías supra o infrahumanas.

**ABSTRACT**

*Holocaust was possible only after the deletion of the concept of Humanity, within an ideology replacing race with species, in order to deny the natural trend to mutual piety or compassion regarding suffering members of the human species. Fascinated by Nazism, contemporary terrorism, after 2nd World War, has shown a growing leaning towards the division of mankind in several supra or infra-human categories.*